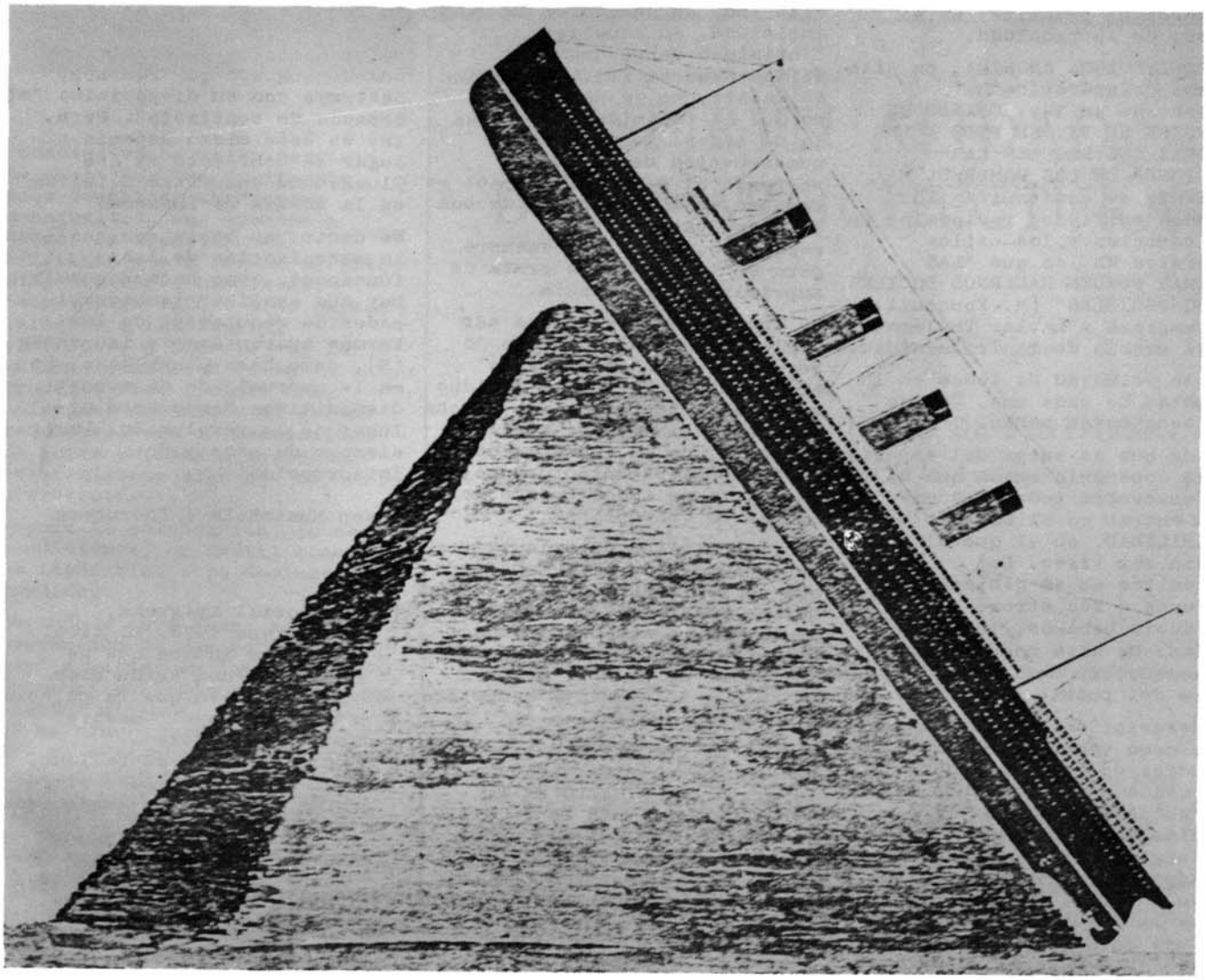

La arquitectura en Théleme

(A propósito de "Los Maestros Pensadores" de André Glucksmann)

Las descripciones que Glucksmann hace de la abadía de Théleme, la jauja utópica de Rabelais, son para mí lo mejor de su libro escrito a base de escritos "interrumpidos" a lo Benjamin, pero de calidad muy desigual como ocurre a menudo con los "nuevos filósofos".

Estas descripciones de la Abadía de Théleme, o "anti-abadía", me incitan irresistiblemente a ceder ante una tentación de crítica de la cultura arquitectónica contemporánea, crítica que no es ni resentida ni lúcida sino solamente interesada y, a los lectores les toca juzgarlo, también interesante.

Veamos como describe Glucksmann la cultura de la Abadía de Théleme:

"...En Théleme lo que anuda a sus habitantes les distancia, ahí reside toda la eficacia de sus dispositivos y de su fórmula. Théleme ya ha marcado esta hora sin reloj en la que el Príncipe dice: "Debes rebelarte"; mientras su poder ahora ya modernizado se sitúa con estas palabras fuera de todo alcance..."

"...digo la verdad. No hay problema. Si digo verdaderamente la verdad, la afirmación es verdadera, si no digo la verdad, es falsa. Ambos casos están bien separados. HAZ LO QUE QUIERES. Es el lema de Théleme y no se presta a ninguna contestación..."

"...en Théleme todo es verdadero, fuera todo es falso. Según que se oiga desde fuera o desde dentro la fórmula producirá dos versiones, la nihilista y la optimista. Salvo que si uno está fuera no puede enunciar la verdad..."

"...dos imágenes pues opuestas de disciplina: En un extremo la disciplina bloqueo, la institución cerrada, establecida en los márgenes y enteramente dirigida a las funciones negativas, detener el mal, suspender las comunicaciones, parar el tiempo. En el otro extremo, con el panoptismo, nos encontramos con la disciplina mecánica: un dispositivo funcional que debe mejorar el ejercicio del poder, haciéndolo más suave, más eficaz (M. Foucault). Pero Théleme no está EN la historia sino que señala una encrucijada decisiva:

- ANTICONVENTO, es un BUNKER de la nueva era que asediarán los malditos del pasado: los usureros, los beatos, los hipócritas, los sarnosos, los sifilíticos... Los mecanismos de exclusión funcionan a la puerta de la abadía. Es el precio de la libertad.

- CENTRO DE FORMACION en el que se resuelve la cuestión del poder, la que anuncia fray Juan en la entrada y que gobierna todo el proyecto de Théleme: ¿Cómo podré gobernar si no sé gobernarme a mí mismo? La fórmula HAZ LO QUE QUIERAS introduce la unanimidad laica

evitando al príncipe. Es el precio de la igualdad.

- ARQUITECTURA ANONIMA, en ella el amo desaparecido ha implantado su ley. CUANDO EL PRINCIPE SE VA, SE PIDE A LAS PIEDRAS QUE REGULEN LAS FUNCIONES DE LOS HOMBRES. Más adelante se construirán los grandes edificios racionales de las cárceles y los asilos generales en los que "LAS PIEDRAS PUEDEN HACERNOS DOCILES Y COGNOSCIBLES" (M. Foucault). Así empieza a hablar Théleme. Es el precio de la fraternidad.

"...la voluntad de todos es la voluntad de cada uno. Cuando uno bebe todos beben..."

"Puede que se salga del espacio de la soberanía en el que el rey concentra todas las miradas para entrar en el ESPACIO DE LA VISIBILIDAD, en el que el poder ve sin ser visto. Los thelemitas no se debían nada los unos a los otros; cuando uno decía bebamos, todos bebían. De este modo debían demasiado, es decir todo, al Padre del pueblo thelemita..."

La descripción de Glucksmann debe como vemos muchísimo a los estudios de Foucault sobre la represión que se esconde tras la "socialización" de hospitales y cárceles a finales del siglo XVIII, o sea el "Panóptico", del cual Théleme es su inverso. Pero en ambos casos la arquitectura y su cultura juega un papel similar de vehículo metafórico de una crítica del sistema represivo de poder que a partir de estos procesos institucionales se establece.

La arquitectura se convierte en la garantía de continuidad de un "seamos libres" y "construyamos juntos" bajo un poder invisible pero real.

Con su frase "CUANDO EL PRINCIPE SE VA PIDE A LAS PIEDRAS QUE REGULEN LAS FUNCIONES DE LOS HOMBRES", Glucksmann y Foucault definen a la perfección la vinculación entre el poder y la arquitectura tanto en el caso de la mecanización de funciones como en el caso, más sutil, de "HAZ LO QUE QUIERAS", de la Abadía de Théleme. Y la arquitectura no regula las funciones con su poder sagrado o con la definición de un programa funcional obligatorio. Ello no es todavía Théleme. En Théleme todos hacen lo mismo porque todos hacen lo que quieren, con lo que la arquitectura se convierte en el vigilante invisible de esta uniformidad espontáneamente conformada.

En el fondo de la voluntad de todos se encuentra la voluntad de uno, en el fondo de la voluntad de uno se encuentra la voluntad de todos. He aquí el círculo vicioso que representa la arquitectura de Théleme. Por ello todo se decide en la intimidad, en aquella "intimidad represora" que define Sennett (2). Lo público no existe, no es necesario porque la intimidad de uno es la de todos. De ahí que la construcción de la Abadía responda al mismo principio: es como un vestido confundido con la misma piel; no hay resquicio, o los hay siempre, pero en todo caso se trata de suprimir la diferencia.

En Théleme sólo se puede ser thelemita. No hay diálogo porque no hay lengua, sólo arquitectura. El único residuo es la arquitectura misma, hecha memoria de la ausencia del Príncipe, de la añoranza del poder de la voluntad de uno, que es la de todos porque reina el HAZ LO QUE QUIERAS.

Los arquitectos deberían vivir esta jauja como algo familiar que se repite una y otra vez en muchos planteamientos de la arquitectura moderna, todos ellos invadidos por la añoranza del poder de un HAZ LO QUE QUIERAS completamente neurótico y no sólo idealista.

El HAZ LO QUE QUIERAS parece tener una contrapartida terrible: PERO HAZLO EN TU SITIO, SIN SALIRTE DE TU SITIO. El "haz lo que quieras donde quieras" no existe y es fuertemente reprimido. De ahí que la arquitectura siga siendo instrumento de control.

Un "Todos lo haremos todo" acaba en Théleme. Todo es posible en Théleme: un paso a un lado y es la vida, un paso al otro y es la muerte, por ello es una encrucijada fuera de la historia. En el simposium realizado en Venecia sobre "El Dispositivo Foucault", hace unos meses (3), se atacó a fondo todo este uso metafórico de la arquitectura y en especial la división de Foucault entre lugares utópicos o ideales y lugares heterotópicos o lugares reales -ferias, supermercados, circos, etc.- en los que la realidad se autoconsume como agujeros o umbrales hacia una cuarta dimensión fuera del tiempo.

Nadie puede negar sin embargo que el "Dispositivo Foucault", y sus seguidores entre los "nuevos filósofos", han conseguido levantar polémica y animar una crítica algo adormecida sobre el poder de la organización espacial y de la arquitectura. La misma división entre los lugares utópicos y los heterotópicos, que en parte ha sido recogida por F. Choay (4) en su clasificación de los tratados de arquitectura desde el Renacimiento hasta nuestros días, no creo que deba considerarse más que un mero instrumento de disección, y todos sabemos que cualquier disección destruye. ¿Hemos matado o hemos animado con esto la revolución? Este es el centro de la polémica que Tafuri detecta perfectamente cuando sugiere que Foucault destruye con su dispositivo "el espacio de conflicto". Pero, ¿no es este mismo espacio o lugar de conflicto el que Glucksmann encuentra a faltar en la abadía de Théleme?

Es decir: no basta con analizar la mecanización de las funciones, como hace Foucault; hay que analizar también el poder de regulación de las formas aparentemente inocentes (5), como hace Glucksmann. Es en la encrucijada de ambos dispositivos donde está el lugar de la revolución. Lugar siempre de paso y de interrupción.

Josep Muntañola i Thornberg

Notas

(1) Editorial Anagrama, Barcelona 1978. El título mismo ya indica que se trata de una traducción imposible ya que la palabra "maître" -o el "mestre" catalán- no tiene traducción en castellano, por lo que el libro pierde gran parte de su ambigüedad semántica.

(2) Me refiero a las tesis de Sennett en: "The fall of Public Man", Knopf, New York 1977.

(3) Ver "Carrer de la Ciutat" nº1, enero 1978, Barcelona.

(4) Ver F. Choay, "Notes Méthodologiques en Architecture et Urbanisme", Institut de l'Environnement, París 1974.

(5) El poder dialéctico de las formas es siempre "negativo", no a través de lo que obligan a hacer, sino a través de lo que obligan a dejar de hacer. De ahí que su poder sea más encubierto y más sutil que el de una ley funcional positiva.